

México: por fin, tiempos nuevos

Carlos ROBLES PIQUER

Este es un relato oído en México treinta años atrás a persona merecedora de todo crédito, amiga muy próxima del doctor que fue uno de sus protagonistas: el líder del Sindicato de los obreros del petróleo, parte esencial de la Central que por largos años dirigió, en connivencia con el Sistema, aquel líder casi inmortal que fue Fidel Velázquez, necesitó urgente atención médica y recurrió a un afamado especialista; la prestó éste con celo y eficacia, y fue advertido por amigos comunes de que no debía presentar ninguna minuta. Cuando la convalecencia terminó con bien, un día el doctor recibió a la puerta de su casa el regalo con el que el paciente le expresaba su gratitud: era un inmenso camión-cisterna cargado de crudo, de altísimo valor en el mercado.

Seguramente esto no volverá a ocurrir. Pues lo que acaba de producirse en México es, seguramente, una nueva Revolución. Ha cerrado su ciclo, su largo ciclo de noventa años, aquella otra que envió hacia el exilio europeo a don Porfirio Díaz, la que consumió a muchos de sus propios héroes, la que hubo de afrontar una guerra civil frente a los sublevados en nombre de la fe –los Cristeros– que se habían alzado en armas contra un laicismo nada neutral y ferozmente antirreligioso, la que modernizó gran parte del enorme país y creó en él polos de brillante prosperidad mientras sumía a otras zonas en una pobreza endémica y extrema, la que consolidó el poder personal más absoluto y más hereditario que ha contemplado Occidente, la que nacionalizó la tierra y formó una sólida alianza con los campesinos la que expropió el petróleo pero tampoco supo "sembrarlo" mientras enriquecía en grado inaudito a los políticos y a sus amigos o parientes, la que –por la pluma de Martín Luis Guzmán, *el Generalito*– calificó de "superchería" la que él llamó "supuesta aparición de la Virgen de Guadalupe en el cerro del Tepeyac". Parece, por cierto y salvo prueba posterior en contrario, que la acumulación de dineros indebidos no se da en el caso de Ernesto Zedillo Ponce de León, el último –quizá para siempre– Presidente surgido del PRI, ese Partido que logró algo tan original como transformar la vieja Revolución de los años veinte en la sólida Institución de

casi todas las décadas posteriores. Se cuenta también en México la vieja anécdota de aquel General, compañero de Pancho Villa (o quizá, más tarde, de Lázaro Cárdenas) que se negó a servir en un alto cargo civil porque no le gustaba nada comprobar que "la Revolución había degenerado en Gobierno". Esa revolución, por fin, ha degenerado en Democracia.

En buena medida, era el resultado inevitable de hechos anteriores. El Embajador de Laiglesia recordó, en el número 5 de esta misma revista, que la crisis de la deuda en los años 90 no sólo demostró "la quiebra absoluta del modelo de economía cerrada" sino que "la apertura económica abriría casi con seguridad la caja de Pandora del cambio político". Es lo que acaba de suceder. Ha llegado a su estación término, después de setenta y un años como partido de hecho único, ese beneficiario inamovible de la vieja Revolución. Hablando del PRI, lo dijo así hace más de veinte años Daniel Cossío Villegas: "como desde Calles se ha sostenido que la Revolución mexicana es permanente, se colige que su calidad de reformista es también eterna". Ha dejado de serlo.

Pero pocos se lo creían. Se resistían a creerlo, en general, los observadores extranjeros. Por ejemplo, el 8 de mayo, Sam Dillon y Julia Preston escribieron en el *New York Times* un artículo admitiendo que la elección iba a ser más limpia que las precedentes; pero su titular rezaba que, "Pese a los compromisos, los viejos modos tardan en morir en la elección mexicana"; y Paul de la Garza, en el *Chicago Tribune*, subrayaba el 5 de junio que era "en México muy borrosa la línea divisoria entre la ayuda [del Gobierno al elector] y la compra del voto". Quizá menos que nadie eran optimistas los vencedores, los hombres –y las mujeres, las muchas y admirables mujeres– del Partido de Acción Nacional, al que ha tocado recibir la cuota mayor de poder en las elecciones del domingo 2 de julio del año 2000, casi víspera del Tercer Milenio. Los *panistas* tienen una larga historia de sesenta años de sangre, sudor y lágrimas, ahora quebrada felizmente quebrada por la alegría de las urnas; y ninguno de esos substantivos ha sido usado por capricho o por un mimetismo churchilliano. Tuvieron algún mártir, muerto a balazos por fijar propaganda electoral. Y yo mismo he conocido a varios candidatos *panistas* que fueron hostigados e incluso encarcelados y maltratados en ocasiones anteriores, cuando ejercían su trabajo en plena campaña electoral, no obstante que todos sabían, incluso ellos mismos, cuán mínimas eran las posibilidades en los años cuarenta, cincuenta e incluso sesenta de este siglo, de que un solo *panista* llegara a gobernar un estado, a regir una ciudad o a sentarse en un escaño federal del Congreso o del Senado. Todavía en las mismas vísperas del día de su triunfo, algunos

miembros prominentes del PAN vinieron a Europa cargados de documentos que recogían denuncias sobre el intento *priísta* de practicar un nuevo fraude electoral, como el que muy probablemente dio un triunfo discutible a Carlos Salinas de Gortari sobre Cuauhtémoc Cárdenas, el candidato del PRD que no era cómodo para el poder fáctico y que tal vez había inventado un partido cuando supo que el dedo del Presidente La Madrid nunca lo designaría como su sucesor natural e inevitable. En todo caso, es mucho también lo que el hijo del General Cárdenas ha hecho para minar desde la izquierda la asfixiante hegemonía del PRI, sobre todo cuando ganó la Gobernación del Distrito Federal que ha mantenido el 2 de julio uno de los suyos. Los enviados *panistas* no se atrevían a creer ni siquiera en sus propios sondeos, que auguraban a Vicente Fox un triunfo por varios puntos de ventaja, aunque menos que los que realmente luego logró. Se venía a repetir el episodio español del 12 de marzo; y algunos usamos de ese precedente para animar a nuestros visitantes. Es indudable que el Instituto Federal Electoral y su Presidente, el profesor José Woldenberg, merecen el más cálido de los elogios. Esperemos que ningún "dinosuario" les quiera hacer responsables de su derrota.

La victoria ha sonreído por fin al PAN y ha coronado largos años de esfuerzos, de fe, de trabajo, de sufrimiento, de generosidad; pero quizá, porque así son las realidades políticas, la ha alcanzado sobre todo un hombre, Vicente Fox Quesada, que corrió el inmenso México de cien millones de habitantes con la ayuda no sólo del Partido sino de sus amigos personales y políticos, y logró además acuerdos con partidos menores, en primer lugar los Verdes. Su fuerte personalidad, su voz tonante, su excelente gestión de gobierno en Guanajuato, su condición de buen empresario, su altura física, hasta sus botas de vaquero o de charro, todo él, en fin, emanaba un aire de seguridad, de juventud, de novedad, de ruptura con el tedioso pasado, de promesa de una nación mejor y más justa, de alternativa a la izquierda rancia y enmohecida del PRI, que son otras tantas causas del éxito. Por eso, y por la enorme concentración de poder que la Constitución mexicana pone en manos del Presidente, es también gigantesca su responsabilidad; y quizá hoy su primera inquietud y su menester más acuciante sean los de calmar tantas y tan variadas esperanzas como las que el cambio ha suscitado. Nada se ganará en una hora y no caben los artes de birlibirloque, por más que sus primeras decisiones hayan sido muy prudentes y estén respaldadas por la promesa de colaboración que el Presidente Zedillo, con palabra firme y valiente, formuló en público cuando el éxito de Fox no era todavía oficial. Sólo con que pueda el Presidente electo poner coto a la corrupción y afrontar la criminalidad callejera

ya merecerá pasar a la historia como un gran Presidente aunque de él se pide sobre todo que remedie la situación de miseria en que viven muchos millones de sus compatriotas. Puesto a contar anécdotas, no puedo olvidar la que vivió mi único hermano, pocos meses después e llegar exilado a México a fines de 1939. Recorría él algunas calles del Distrito Federal en un tranvía, todavía en uso y único medio de transporte al alcance de su economía, junto con otro desterrado que había sido durante la guerra de España Gobernador Civil de una provincia leal a la República. Entablaron ambos conversación cordial con un mexicano que se interesó por ellos y por sus peripecias en la contienda; pero cuando supo éste las actividades de las que la derrota había separado a sus interlocutores, se despidió secamente de ambos con esta frase, dirigida al amigo de mi hermano. "Y usted ha sido Gobernador y ahora viaja en tranvía... ¡Usted, Licenciado, es un pendejo!" Quien conozca el sentido que en la altiplanicie se da a esta última palabra (mucho más ofensivo que el que tiene en Colombia, por ejemplo) puede apreciar la magnitud del agravio. Y es que ya entonces era idea generalizada, y aceptada, la de que los cargos públicos son en México un sendero natural hacia el enriquecimiento acelerado.

Las elecciones fueron observadas por numerosos "invitados extranjeros", pudorosa denominación que les dio el Gobierno mexicano, siempre sensible a cualquier presencia que pueda rozar su concepto de la soberanía. No faltaron observadores, sobre todo de origen parlamentario o técnico; es decir, políticos elegidos por sus pueblos o funcionarios expertos en el desarrollo de los procesos electorales. A uno de ellos, el profesor y eurodiputado italiano, *Onorevole* Rocco Buttiglione, le ocurrió incluso uno de los escasos incidentes producidos en una jornada en general serena: en Campeche fue amenazado, y su automóvil golpeado, no precisamente con el palo tintorero que tomó su nombre del lugar sino con barras de hierro al parecer movidas por un candidato local a Diputado presentado por el PRI, a quien pareció encocorar tanta "observación extranjera"; así vino a contarlo Yadira Mena en *El Economista* de México el 4 de julio. Pero el Presidente de los seis observadores europarlamentarios, el español José Manuel García-Margallo, otorgó a los comicios su calurosa aprobación como lo hicieron todos o casi todos los que se asomaron de cerca a los preparativos, el desenlace y las postrimerías de la jornada electoral. Ahora es de esperar que entre pronto en vigor el Tratado Euro-Mexicano de Libre Comercio (que en verdad se llama "de Asociación Económica, Concertación Política y Cooperación"), un documento que ha sufrido ya demasiadas reticencias y que debe consolidar la relación preferencial de la Unión Europea con

la mayor nación de lengua española en todo el ancho mundo. Esa sería, en parte, la lógica respuesta europea a la nueva Revolución que México empieza a vivir.